

CAPITULO III.

La encubierta.

Entre tanto que en la capital de la República mexicana se hacian sangrienta guerra *polkos* y *puros*, queriendo hacer triunfar cada cual sus ideas políticas, Santa-Anna, á la cabeza de diez y ocho mil hombres, marchaba de S. Luis en busca del general Norte-Americano, Taylor, triunfante en la batalla de Palo-Alto, el 8 de Abril de 1846, primera de aquella guerra injusta, en la de la Resaca, dada el dia 9; dueño el 18 de la plaza de Matamoros, abandonada por no estar bastante fortificada para una heroica defensa, y cinco meses despues, el 26 de Se-

tiembre, de Monterey, que tras una brillante resistencia de algunos dias, se vió precisada á capitular.

El movimiento se hizo en 28 de Enero de 1847, saliendo en este dia la artillería de grueso calibre y de montaña, con sus trenes y todo el material de guerra, custodiada por el batallon de Zapadores y la compañía de S. Patricio, compuesta de irlandeses, que se habian pasado de las filas enemigas, y tomado las armas contra los orgullosos invasores. El 29 se puso en marcha la primera division á las órdenes del general Pacheco: el 30 salió la segunda, mandada por el general Lombardini: el 31 la tercera, llevando á su cabeza al general Ortega; y el 2 de Febrero se puso en marcha el cuartel general.

La caballería, que desde mucho antes estaba fuera de S. Luis, esperando la salida de las otras armas, se hallaba dividida en cuatro brigadas: la primera, al mando del general Torrejon, se encontraba en Bocas: la segunda, á las órdenes del general Juvera, ocupaba El Venado: la tercera, subor-

dinada al general Andrade, se situó en el Cedral; y la cuarta, al mando del general Miñon, fué á situarse en la hacienda de Potosí, despues de haber sorprendido en la Encarnacion un destacamento de cien Norte-americanos.

La oficialidad y la tropa iban animadas del mas vivo entusiasmo, deseando que el enemigo les esperase para vengar los reveses sufridos al principio de la campaña.

Entre el brillante estado mayor del general en jefe, iba un jóven sin ninguna insignia militar, que no participaba del regocijo general de aquel ejército entusiasta que, lejos de haber desmayado por los reveses anteriores, parecia haber sacado mayores bríos de sus mismas derrotas.

Y es que aquel ejército tenia la firme conviccion de que estas derrotas no reconocian por causa, ni el superior valor de los contrarios, ni su mejor disciplina, ni ninguna de las demas dotes de obediencia, de abnegacion y de sufrimiento, que hacen del mexicano un excelente soldado, que

sabe morir en el puesto que sus jefes le señalan.

La mala administracion militar, la desunion de los principales jefes, que introducian con sus rivalidades la desconfianza, gangrena destructora de la fuerza moral de los ejércitos, la carencia de tiendas, de bastimentos, de vestuario, de dinero y de multitud de cosas indispensables para el buen éxito de una campaña, concurren eficazmente á esterilizar los sacrificios y el valor del soldado, y á dar á los Norte-Americanos un triunfo, que no hubieran alcanzado, ni por su fuerza, ni por su disciplina.

Pero ahora tenian fé en el general que les mandaba.

Santa-Anna era el hombre de mas influencia y prestigio en el ejército.

La oficialidad le queria y le respetaba, y los soldados participaban de ese cariño y de ese respeto que engendran rasgos de generosidad y de heroismo.

Pero volvamos á nuestro jóven.

Su tristeza no reconocia por origen el te-

mor á las batallas, ni la desconfianza en el éxito; porque como todos los que componian aquella brillante division, participaba de las mas lisonjeras esperanzas, y no dudaba ni un solo instante del triunfo.

Á juzgar por el tinte melancólico que velaba su rostro, la causa de su caimiento provenia de algun profundo pesar del alma, de uno de esos sentimientos internos que invaden entero el corazon y que nos matan dulcemente.

La arrogante presencia de este personaje y su dulce tristeza, disponian el ánimo en su favor desde el momento de verle.

Era un jóven de fisonamía apacible y simpática: en sus ojos grandes y negros, velados por largas y sedosas pestañas, brillaba la luz de la inteligencia, del valor, y la pasion del alma. Un bigote negro, suave, fino y bien peinado, y una larga perilla, graciosamente dispuesta, hacian resaltar los encendidos lábios de una boca perfecta, adornada de iguales y blancos dientes: su cabello largo, negro, lustroso, y con gracia peinado, contrastaba admirablemente con su tez pálida

y muy fina que prestaba á su fisonomía una dulzura, un atractivo y una suavidad que cautivaban.

—Muy triste camina vd., D. Rafael.

Le dijo un jóven oficial, de fisonomía franca y noble, de tez blaca, ligeramente sonrosada por los ardientes rayos del sol, de espaciosa frente, cabello castaño, suavemente rizado, y sobre cuyo lábio superior á penas apuntaba un ligero y fino bozo.

—¿Se puede caminar con alegría, D. Juan, cuando se ha perdido hasta la esperanza de la felicidad? Cuando el alma ha soñado con todos los placeres de la tierra, y ha vagado en esos horizontes de felicidad sin término, bebiendo el aliento de un ángel de hermosura y de candor, extasiada con su amorosa y celestial sonrisa, sintiendo sus caricias, oyendo el dulce sonido de su armoniosa voz, escuchando sus tiernos juramentos de amor, viajando en océanos de luz blanda y suave, como la que envuelve los vaporosos cuerpos de los bienaventurados, y aspirando una atmósfera impregnada de místicos perfumes: cuando el alma, repito, ha viaja-

do por esa mirífica mansion de ilusiones, cuán inconsolable queda al despertar en este mundo real de dolo y de miseria, de falsedad y de impostura, donde todo le falta, donde nada encuentra que llene el insondable vacío que dejó la fatal desgracia!

—Pero todos han disfrutado de esos alegres sueños, que la delirante imaginación presenta con frecuencia al hombre, iniciándole en los goces de una eternidad de inefables delicias, y sin embargo, al verlos desvanecidos, aunque han sentido su pérdida, han hallado á poco el consuelo, y se han reido de lo mismo que les hizo sufrir.

—Esos hombres, D. Juan, no habrán amado con toda la fuerza, con toda la energía, con toda la intensidad con que ama el alma por primera vez. El amor es como el sentimiento de la patria, crece con la ausencia, se alimenta con los recuerdos, se arraiga con la desgracia, y jamás se extingue: los obstáculos, las travas y las dificultades que se le ponen para sofocarlo, son como la leña con que se pretende ocultar el fuego, y

que solo sirve de combustible para aumentar el devorador incendio.

—¡Dichosa la mujer que así es amada! ¡Ah! si Luz pudiese escuchar esas palabras, bendeciría la misma desgracia que había venido á poner de relieve el inextinguible cariño de su amante.

—¡Luz!—Exclamó conmovido Rafael al escuchar el nombre de su amada.—Sí, Don Juan: ¡tal vez me escucha desde el cielo...! ¡tal vez penetra en este instante su celestial mirada en lo profundo de mi corazón, y vé, dolorida, triste y compasiva, los íntimos afectos que le inundan; afectos dulcísimos de amor que conmueven todo nuestro ser, y que el lábio no encuentra palabras para expresar.

Y los ojos de Rafael se llenaron de lágrimas.

—¡Muerta....! ¡Sería una desgracia!

—Sería una felicidad, D. Juan.

—¿Una felicidad?

—Sí; una felicidad. Mas la quiero muerta, que en poder de un malvado que ponga asechanzas á su honor.

—Las asechanzas, amigo Rafael, se estrellan siempre en la virtud de la mujer honrada, y la hermosa Luz....

—¡Oh! la hermosa Luz era un ángel, D. Juan: un ángel que no pudo consentir en su infamia, y que por lo mismo habrá dejado de existir bajo el rigor ó la venganza del malvado que me la arrebató y que no habrá logrado envilecerla.

—O que gemirá presa, esperando que compadecido el cielo de ella, le envíe en su socorro al hombre que idolatra.

—No, D. Juan. ¿No la he buscado sin cesar por todas partes? ¿No he preguntado á todos por ella? ¿Leopoldo, Nuñez y yo, no hemos hecho cuanto hay que hacer para descubrir su paradero?

—Cierto que sí.

—¿Y el no haberla hallado, ni tener la menor noticia de ella, no es suficiente prueba de que ha muerto?

—No; los malvados toman precauciones tan acertadas para evitar que sus acciones sean observadas, que yo me inclino á creer que el inicuo que arrancó del lado de vd. á

la jóven por quien sufre, la tiene oculta sin que nadie, mas que él, sepa el sitio en que la guarda.

—No, eso es casi imposible: los criminales necesitan de cómplices; y éstos no suelen guardar el secreto de una manera tan religiosa que no se llegue á traslucir el delito. ¡Ella ha muerto, sí, ha muerto... y prefiero que haya sucumbido al dolor, á considerarla expuesta á perder su honra! ¿No vengo á esta campaña á buscar la muerte, para que mi alma se una con la suya? Los que mueren, velan por las personas amadas que lloren en este mundo. Si ha muerto, velaré cariñosa por mí, me compadecerá, sentirá mis penas.... Si muero, y aun existe, velaré por ella, la veré desde la mansion de los justos, y la defenderé....

Una mujer, tapado el rostro para defenderse del polvo y del sol, con un pañuelo blanco, sin que se pudiese ver mas que los ojos, cubierta la cabeza con un sombrero de palma, de inmensas alas, cruzado el rebozo á manera de banda, y montada en un caballo flaco, que galopaba para alcanzar á las

guerrillas que iban adelante, al escuchar la voz del que hablaba, volvió la cara, se sorprendió al verle, detuvo la rienda á su es-queleto corcel, y quedando con disimulo á cierta distancia de los interlocutores, se puso á escuchar con atencion el diálogo que sostenian.

Ninguno de los dos jóvenes fijó la atencion en ella, por ser cosa muy comun en el ejército mexicano ver caminar á las mujeres de los oficiales, y aun de los soldados, de la manera que lo hacia la tapada que nos ocupa.

—Pues yo no deseo, ni creo que haya muerto.—Dijo el joven oficial.—No deseo, porque anhelo que la encuentre vd. en el mundo, para que vea realizados los miríficos ensueños de que antes, con tanto entusiasmo, me hablaba; y no creo, porque el enemigo que conspiró contra la dicha de vd., se hubiera apresurado á darle esta noticia, que debía figurarse desgarraria su corazón.

—¡Y si vive para llorar la pérdida de la joya de mas valía que tiene la mujer? ¿Si la vergüenza y la afrenta empañan con su as-

queroso cieno aquella frente virginal, donde estaba retratado el pudor y la inocencia, y manchan su corazón angélico en que se anidaron el candor y la virtud....!

—No ignoraria vd. tampoco ese fatal acontecimiento, que no hubiera olvidado su contrario, para amargar todos los instantes de su vida.

—¡Ah! ¿lo cree vd. así?

Exclamó Rafael concibiendo un rayo de esperanza, que disipó por un instante las sombras de la tristeza que velaban su semblante.

—Estoy persuadido de ello.

—Conozco que las observaciones de vd. tienen toda la fuerza de la severa lógica; que ellas arguyen contra mis temores; que arrojan la verosimilitud y la convicción; y sin embargo, son tan lisonjeras, que no me atrevo á darles el valor que reconozco entrañan, porque no sea mas terrible y doloroso el desengaño.

—Bien; yo no quiero que dé vd. á mis razones ciega acogida como á una verdad infalible; pero sí la importancia consoladora

de una cosa en quien concurren los visos mas vehementes de lo verosímil y de la palpitante presuncion de lo cierto.

—Así es como acepto esa idea con que ha logrado vd. despertar mi ya muerta esperanza.

—Verá vd. cómo el dia en que menos lo espere, recibe vd. una carta de Nuñez ó de Leopoldo, en la cual le participen que la virtuosa Luz le espera tan pura, hermosa y amante, como en los dias de su mayor ventura.

—¡Ah! Dios permita que se realice su prediccion.

—Y tengo fé en que se realizará.

—Sus palabras de vd. hacen renacer mi esperanza muerta.

—¿No quedaron dispuestos á seguir indagando sin cesar la suerte que le ha tocado ó esa jóven, y á saber el sitio á que fué conducida?

—Sí, y estoy seguro de que no habrán descuidado un solo instante la promesa que me hicieron de buscarla sin descanso.

—Y Nuñez es infatigable y tenaz, y estoy

seguro que logrará el objeto que se ha propuesto.

—Si antes no encuentra un enemigo terrible que se lo impida.

—¿Cómo!

—Nuñez, D. Juan, profesa á Leopoldo una amistad íntima y sincera, y como se ha propuesto hacer triunfar la inocencia del padre de su leal amigo, es seguro que los que tienen interés en que no se descubra la verdad, pondrán en juego todos los medios para deshacerse de él.

—Pero no es fácil que lo consigan.

—¡Oh! yo lo temo todo de los malvados.

—¿Y hace mucho tiempo que no escribe á vd?

—Mucho.

—¿De suerte que ignora vd. los pasos que han dado con respecto á las pesquisas para encontrar á Luz?

—Todo.

—El corazon me anuncia que á nuestra vuelta á S. Luis se encontrará vd. con cartas muy lisonjeras de él.

—¡Dios lo quiera! y él haga tambien, D.

Juan, que en los amores que aliente el corazón de vd., no vierta el destino la amarga hiel que ha derramado en los míos.

—Gracias por su buen deseo.—Dijo D. Juan sonriendo y de buen humor;—pero aun está lejos esa época.

—¿No ama vd?

—El objeto de mi amor aun no está en estado de inspirarme recelos ni temores: es una flor en botón, que no desplega los bellos matices de sus tiernos pétalos, que crece ignorada del mundo en un rincón humilde y solitario de la tierra, mecida por las auras del cariño maternal.

—¿Y si la mirada de algún curioso penetrase en ese retiro, y ambicionase la posesión del objeto que vd. espera verle desarrollar y crecer?

—Nada temo: está al cuidado de un ángel de virtud y de prudencia, que vela por ella como la más tierna de las madres.

—Y cuál es el nombre de esa flor en botón?

Preguntó Rafael sonriendo.

—Teresa.

—¿Teresa?

—Sí.

—¿Y su apellido?

—Rondal.

—¿Cómo! ¿Será tal vez la tierna hija de Elisa?

—Elisa es el nombre de su amorosa madre.

—¿Española?

—Española.

—No hay duda; es la misma.

La mujer que escuchaba la conversación, pareció sorprenderse.

—¿La conoce vd?

—De vista, así como por sus virtudes y sus desgracias.

—Cierto que no ha sido muy venturosa; y esto precisamente inclinó mi corazón hacia esa familia desgraciada.

—¿Y cómo llegó vd. á conocerla?

—Porque el leal Pablo, que ha procurado, en cuanto le ha sido posible, remediar las necesidades de ella, me presentó un día en la casa.

—Me alegro de la eleccion; pero Teresita es aún muy niña.

—Por lo mismo, y por serlo yo poco menos, le he dicho á vd. que espero á que desplegue sus brillantes pétalos.

—Será una fortuna para la pobre Elisa el ver enlazarse á su hija con un jóven del mérito de vd., y heredero único de una fortuna considerable. Pero esos matrimonios proyectados con mucha anticipacion, rara vez llegan á realizarse.

—Es que el mio no pasa de un pensamiento, que á nadie, sino á vd., se lo he comunicado. La idea la concebí desde el instante en que Pablo me presentó á la familia; pero sin que ella misma sospeche mi proyecto.

—¿Quiere decir que no ha contraido vd. compromiso ninguno para lo futuro?

—Ninguno. Ví el hermoso pimpollo, y me agradó: conjeturé que podria desarrollar en hermosura y virtud sobre toda esa bella mitad del género humano, y concebí la idea de unirme á tan hechicero sér,

si no salian fallidas mis esperanzas. Esto es todo.

—¿Quiere decir que ni una palabra de amor ha cruzado entre vd. y su futura novia en ciernes?

—¿Para qué hablar de asuntos superiores á la inteligencia de una inocente niña, en cuyo tierno corazon se deben depositar únicamente ideas de virtud, de religion, de pudor y de ternura que, germinando maravillosamente á su debido tiempo, hagan de ella un modelo de excelentes hijas, una leal amante, una fiel esposa y el ornato de la sociedad? Violentar la naturaleza, anticipar las pasiones, es matar las ilusiones antes de conocerlas; cegar el corazon á los placeres puros del alma, con placeres buscados y estériles; marchitar la existencia con el hastío y el dolor en la primavera de sus dias; envejecer sin haber llegado á la juventud; acercar al fuego el boton del delicado lirio, queriendo con él suplir el calor gradual y fecundante del sol, abortando una flor marchita desde el nacer, de hojas sin color y sin aroma, sin lozanía y raquíca.

—¡Muy bien!

—Dirá vd. que ni de mi edad ni de la carrera que he abrazado esperaba vd. este razonamiento; pero le diré á vd. que estas ideas son el resultado de una educacion altamente religiosa y moral, inculcadas por mi adorada madre desde mis primeros años.

—Son excelentes, sin duda.

—Ademas de que siempre he creido que en todas las carreras de la vida, la base principal para cumplir con los respectivos deberes, son la religion y la moral. Yo no quiero en el militar el valor de la fiera: quiero, sí, el pundonor del hombre honrado, la lealtad y la piedad con el vencido, que exige la religion, el buen comportamiento que reclama la moral, y la deferencia y la finura que resultan de una educacion escogida.

—Tiene vd. razon.

Al llegar á este punto de la conversacion, se acercó á D. Juan un ayudante del general, diciéndole que le llamaba.

El juicioso y elegante jóven se separó de su amigo, y se dirijió á saber lo que tenian que comunicarle.

Rafael volvió á entregarse á sus tristes ideas, y la mujer, enviándole una mirada de compasion, azotó á su caballo y se alejó á medio galope.

Despues de una jornada penosa y larga, la tropa llegó al Peñasco, donde pasó la noche con bastante incomodidad, por la falta de casas para alojarse y la carencia de tiendas de campaña con que sustituir aquellas.

Don Juan y su amigo Rafael se alojaron en la humilde choza de un indio.

Poco despues, al lado de esta choza, se improvisaba una excelente cantina, á donde acudia la oficialidad á refrigerarse.

La persona que despachaba en ella, era la misma mujer que hemos visto detenerse en el camino á escuchar la conversacion de los dos jóvenes.

Estaba aún cubierta con su pañuelo, y metido el sombrero de palma hasta las cejas, sin que se pudiese descubrir nada de su rostro.

¡Se habia colocado allí por casualidad, ó habia escogido aquel sitio para estar cerca

de los dos amigos y escuchar todo lo que hablasen?

Difícil es la respuesta.

Pero lo que sí es cierto, que en todas las tornadas que se fueron haciendo, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Se- ca, Solís, la Presa, Matchuala, el Cedral, las Animas, el Salado, la Encarnacion y el Puerto del Carnero, la tienda de la mujer tapada se levantaba siempre junto al alojamiento de D. Juan y de Rafael, sin que nadie hubiese logrado verla el rostro

Pero ¿por qué aquel empeño en tenerlo cubierto constantemente?

¿Era una linda jóven que seguia disfrazada á su amante, ó una mujer de aspecto fiero que, para no desencantar á los curiosos y atraer por aquel medio compradores, habia echado mano de aquel ingenioso ardid?

Esto es lo que muchos se preguntaban á sí mismos, sin que pudiesen sesolver el problema.

CAPITULO IV.

Batalla de la Angostura.

Era el 21 de Febrero.

Toda la division se habia concentrado, despues de largas y penosas marchas, en la Encarnacion.

Al toque de las cornetas y de los tambores, lenguas bélicas que enardecen el espíritu del soldado, el ejército mexicano, lleno de entusiasmo porque se acercaba el dia del combate, acudia empuñando sus brillantes armas, al sitio designado para pasar la gran revista.

El general Santa-Anna, seguido de su lucido estado mayor, recorria á caballo la